



Integración regional en África: obstáculos y alternativas

«The development is made at home.»

Ante el fracaso de las estrategias exclusivamente nacionales para resolver los problemas del subdesarrollo, los gobiernos africanos poscoloniales intentaron resolverlos en el marco de los espacios mucho más amplios, mediante las agrupaciones, políticas y económicas, regionales o a escala continental, siendo el objetivo evitar el estancamiento y la marginación.

Es de sobra conocido que África, en su conjunto, representa un ingreso total inferior al de España, el 1% PIB mundial y el 2% del comercio mundial, etc. Tales características excluyen cualquier posibilidad de desarrollo económico y duradero en el marco nacional, sino a nivel regional mediante la coordinación de las economías nacionales en una entidad regional.

La balcanización del continente por la colonización en unos 53 estados, en su mayoría pequeños y sin salida al mar, convirtió desde su acceso a la independencia la integración regional en una estrategia atractiva e ineludible. Esta necesidad de la integración regional como estrategia de desarrollo viene fortalecida por el actual proceso de mundialización/globalización organizado en torno a bloques regionales. De este modo, la única estrategia capaz de resolver los problemas comunes a los que se enfrenta África, y que la puede convertir en una potencia, es la integración regional. Es decir, la integración económica como instrumento o vector del desarrollo en África.

Hoy por hoy, el continente cuenta con más de 200 agrupaciones regionales, que van desde las organizaciones de cooperación sectorial (financieras, bancarias, técnicas, agrícolas, aduaneras, de navegación aérea o de aprovechamiento de un río o cuenca fluvial) hasta las uniones políticas con una cierta transferencia de soberanía. Algunas destacan por sus importantes actividades y un dinamismo institucional sorprendentes, y muchas otras, por su letargo.

Se pueden distinguir las siguientes agrupaciones regionales más relevantes en las distintas regiones del continente:

– África Occidental: la CEDEAO (Comunidad Económica de los Estados del África Occidental), la UEMOA (Unión Económica y Monetaria del África Occidental), la MRU (Unión del Río Mano);

– África Central: la CEEAC (Comunidad Económica de los Estados del África Central), la CEMAC (Comunidad Económica y Monetaria del África Central), la CEPGL (Comunidad Económica de los Países de los Grandes Lagos);

– África Oriental y Austral: la COMESA (Mercado Común del África Oriental y Austral), la SADC (Comunidad para el Desarrollo del África Austral), la EAC (Comunidad del África Oriental), el IGAD (Autoridad Intergubernamental para el Desarrollo) y la SACU (Unión Aduanera del África Austral);

– África del Norte: la UMA (Unión del Magreb Árabe).

Aquí aparece el primer obstáculo a la integración regional en África: la proliferación de agrupaciones y la pertenencia concomitante de un Estado a dos o varias de ellas, que conduce a «una neutralización recíproca» (Coussy, 1990: 232) de estas organizaciones con rivalidades declaradas o latentes entre ellas, tal y como está sucediendo entre la SADC, la SACU y la COMESA en África Austral. Partiendo del caso específico del África Central, Ropivia (2001: 145) demuestra también como las actividades diplomáticas y militares de la última década en la RDC, de países pertenecientes a otras comunidades regionales como Uganda, Nigeria y Sudáfrica, impiden indirectamente el proceso de integración regional y de unidad geopolítica de esta región.

Las únicas agrupaciones reconocidas por la Unión Africana son la CEDEAO, CEEAC, la SADC, la COMESA y la UMA. A ello es preciso añadir las agrupaciones de integración política creadas a comienzos de este milenio, que son la UA, en sustitución de la OUA, y el NEPAD.

Frente a esta integración de *jure* (o el «regionalismo estatal»), existe una integración de *facto* (Hugon, 2007: 202) expresada por las redes comerciales, financieras, culturales y tecnológicas y los flujos migratorios transfronterizos, que son los que verdaderamente funcionan, y que deberían ser objeto de una atención particular al expresar «dinámicas endógenas» y al constituir áreas de libre comercio de hecho –aprovechando las fronteras porosas, las redes comerciales e identitarias o étnicas transfronterizas, las diferencias de las políticas económicas y de monedas nacionales y las ventajas comparativas–, pues de aquellas agrupaciones oficiales, sólo dos,

la CEDEAO y la SADC, si excluimos la UEMOA (Unión Económica y Monetaria del África Occidental) y la CEMAC (Comunidad Económica y Monetaria del África Central)–, presentan importantes perspectivas. La primera, por prever en su tratado revisado importantes disposiciones supranacionales, al menos formalmente, tales como la libre circulación de personas, bienes y capitales y el derecho de residencia de los ciudadanos en los territorios de los estados miembros mediante la introducción paulatina del pasaporte común. La segunda, por crear redes de transportes y comunicación regionales.

La CEDEAO y la SADC, encabezadas respectivamente por Nigeria y Sudáfrica, han puesto de manifiesto un cierto dinamismo unitario resucitando el ideal panafricano. La CEDEAO se ha dado como principales objetivos la promoción de la cooperación económica para conseguir la autosuficiencia colectiva, el pacto de asistencia mutua en materia de defensa, la creación de un mercado común y de una moneda única –la creación de una zona monetaria del África Occidental (ZMAO) y la adopción de criterios de convergencia necesarias para la unión monetaria–, la libre circulación de los ciudadanos en los estados miembros, la gestión de los conflictos y de mantenimiento de la seguridad implicándose en las crisis de Sierra Leona, Liberia y Costa de Marfil a través del *Economic Community of West African States Cease-fire Monitoring* (ECOMOG).

En cuanto a la SADC, es preciso subrayar los intentos de armonización de las políticas de desarrollo con las estrategias de cooperación sectorial –confía a cada miembro la coordinación de las actividades en un sector específico– creando las bases de un sentimiento comunitario, la creación del *Organ for Politics, Defense and Security Cooperation* (Órgano de política, defensa y de seguridad) y la libre circulación de personas. Sin embargo, los problemas políticos en torno a la guerra en la RDC y al problema agrario en Zimbabue, junto a la pandemia del sida en la zona, representan importantes desafíos a corto plazo de la SADC, constituyendo la diversidad económica de los estados miembros (países con importantes estructuras industriales como Sudáfrica y Zimbabue), países mineros (Angola, RDC, Zambia, Namibia, Botsuana, Mauricio) y países agrícolas (Suazilandia, Lesotho, Malawi, Mozambique, Seychelles), una importante baza a largo plazo, por la ya integración avanzada de los países de la zona, según Marais (2005: 207-208), desde el punto de vista económico, comercial, de sistemas de transportes, de redes de energía y de los movimientos de la mano de obra... Sin embargo, es preciso subrayar el peso económico abrumador de Sudáfrica, cuyo PIB representa el 75% del PIB reunido de los países de la SADC, convertida en un gran mercado para este país. Se está realizando lo que expresaba en mayo de 1991, el entonces director de asuntos exteriores del ANC, Thabo Mbeki, para quien Sudáfrica está enfrentada a numerosos y urgentes problemas para resolver de inmediato los de los demás.

El balance global que hoy por hoy se puede hacer del proceso de integración regional en África es de un fracaso (Attiso, 2008: 192), por no implicarse realmente los estados en dicho proceso y por no manifestar los gobernantes africanos una firme voluntad de caminar hacia la concreción de la unidad africana, aparcada en el capítulo de buenas intenciones.

El presente análisis se propone analizar los obstáculos y las dificultades a los que se enfrenta el proceso de integración regional en África, con las consiguientes propuestas de alternativas.

■ Los obstáculos a una verdadera integración regional en África

La integración regional supone una serie de requisitos, en particular la transferencia de soberanía a los órganos centrales, los mecanismos de prevención y gestión de conflictos, la convergencia de intereses económicos, los mecanismos de superación de las rivalidades y de los antagonismos políticos, la creación de una moneda y de infraestructuras regionales, con una previa integración regional encabezada por un Estado fuerte en colaboración con la sociedad civil.

El continente carece de estas condiciones previas al reunir todos los factores sociopolíticos y económicos de desintegración regional, tales como el fracaso de la integración nacional –que algunos consideran como una previa condición a la integración regional, pues la consciencia comunitaria es función de la previa unidad nacional o de la capacidad del Estado de ejercer efectivamente el poder, es decir, el Estado como la unidad básica de la integración (Cf. Mouelle Zombi, 2003: 206)–; la descomposición política de los estados hundidos por los problemas políticos internos; las agudas crisis económicas y financieras dando prioridad a los objetivos nacionales y a las políticas impuestas desde el exterior a menudo en contra de los objetivos regionales (extraversión económica); el apego a las soberanías y egoísmos nacionales junto a los micronacionalismos exacerbados en detrimento de los compromisos regionales (oposición entre los intereses nacionales y los compromisos regionales); la proliferación de conflictos con repercusiones regionales, entre ellos los conflictos fronterizos; la debilidad del comercio interafricano (el 10% del comercio total dominado por Sudáfrica, Costa de Marfil, Nigeria, Kenia, Zimbabue, Ghana), por la falta de una moneda común y de complementariedad de estructuras económicas y de infraestructuras de transportes y comunicación horizontales; la ya mencionada pertenencia concomitante a dos o varias agrupaciones con las consiguientes duplicaciones y los problemas de fidelidad; los desacuerdos sobre el reparto de los costes y beneficios de la integración como consecuencia de la ausencia de un mecanismo efectivo de compensaciones, y, por, fin la carga de la deuda externa, que en 1996 era superior al 200% del PIB de 28 de los 53 estados africanos

(Hugon, 2007: 205-207). Por lo tanto, la integración regional se está realizando desde fuera, en particular a través de los acuerdos de partenariado de la UE, que intenta apoyar las comunidades económicas regionales y sus capacidades institucionales mediante la financiación de los proyectos regionales.

Según concuerdan varios analistas (Cf. Hugon, 2006: 93; Takirambundde, 1998: 222; Diouf, 2006: 795; Oumar Konaré, 2005: 24-26), la integración regional viene obstaculizada por una serie de factores, entre ellos los programas de ajuste estructural, concebidos en el marco nacional, más para resolver los desequilibrios macroeconómicos que para conseguir el desarrollo, obstaculizando las interdependencias económicas entre los países africanos; los acuerdos de cooperación o los tratados de libre comercio entre la UE y los países del África del Norte (Egipto, Túnez, Argelia y Marruecos) sin preocuparse de los compromisos panafricanistas de éstos, y los tratados bilaterales de la misma naturaleza de los Estados Unidos con algunos países africanos, que aniquilan los progresos realizados décadas anteriores en el continente en el campo de la integración regional; las relaciones verticales bilaterales y las actividades de las multinacionales, dominadas por la lógica de mercado, y que tienden a favorecer la integración exógena o vertical de las economías africanas en detrimento de la horizontalidad.

En el mismo orden de ideas, Samir Amin (2005: 156) opina que África no camina realmente hacia una regionalización suficiente, salvo la encabezada y dominada por el Norte, a pesar de la proliferación de las instituciones de cooperación regional, que no deben engañar. Los proyectos de regionalización se han basado de una manera ingenua en el mimetismo de la UE, sin dotarse previamente de capacidades de producción y de protección de sus comunidades, en las décadas anteriores, y que no será posible hoy con las reglas de la OMC, que les impone la máxima apertura externa –la mundialización liberal–, para competir en condiciones de desigualdad, convirtiendo dichas comunidades en mercados para las multinacionales.

En resumen, y desde el punto de vista económico (Cf. Hugon y sus colaboradores, 2002: 138-139), los obstáculos a la integración regional son estructurales –escasez de infraestructuras de transportes y comunicación, débil diversidad de las capacidades de producción, débil intensidad demográfica, pequeños mercados internos, débil nivel de desarrollo y de integración nacional–, los vinculados con las políticas de desarrollo –las fuerte relaciones extraafricanas para conseguir las divisas, las burocracias pesadas, la falta de armonización de las reglas y de la convertibilidad de las monedas nacionales que bloquea los intercambios interafricanos–, la falta de complementariedad entre las economías que producen lo mismo, y por lo tanto no tienen mucho que intercambiar, junto al desarrollo desigual entre los países africanos convirtiendo en inadecuado el enfoque de integración librecambista que tiende a favorecer los países y regiones más ricos con importantes mercados

nacionales en detrimento de los demás socios pobres generando conflictos de intereses. Es decir, tiende a fortalecer las disparidades y perpetuar el desarrollo desigual hasta suscitar el desinterés de los socios más pobres que se retiran de la organización, como sucedió con la desaparecida, hoy reconstituida, Unión Aduanera del África Oriental entre Kenia, Uganda y Tanzania (Cf. Hazlewood, 1967:75-76; Robson, 1987: 33-34; Diouf, 1984: 15), además de las discrepancias ideológicas entre los tres países. A ello cabe añadir los siguientes aspectos: la falta de voluntad política para realizar la integración, la no implicación de la población en el proceso, la duplicación de las actividades y la proliferación de las rivalidades, la pertenencia simultánea a varias instituciones regionales, la desigual distribución de costes y ventajas de la integración, la débil integración de los mercados y la falta de recursos, el inadecuado modelo de integración por el mercado sin disponer de previas capacidades de producción, la extroversión y dependencia de las economías nacionales, la excesiva carga de la deuda externa, la falta de una diplomacia concertada a nivel regional y continental (Cf. ECA, citada en Ben Hammouda, Bekolo-Ebe y Mama, 2002: 60-67), junto a la instrumentalización de la integración regional por los poderes establecidos, tal y como demuestra el estudio de Mbonjo (1993: 37), para su legitimación interna y para la construcción estatal nacional.

Desde el punto de vista estrictamente político, es preciso destacar la desconfianza mutua entre los líderes africanos, sus luchas por el liderazgo, su incapacidad para prevenir y resolver los conflictos y el no respeto de sus compromisos regionales.

■ La OUA y el PAL frente a los problemas de integración regional

La Organización de la Unidad Africana (OUA), creada en 1963, se dio como principal objetivo la realización de la unidad africana, según la carta de Addis Abeba, abarcando campos diversos como los de política internacional, economía, educación y cultura, defensa y seguridad, salud y ciencia para realizar «una unidad más amplia que va más allá de las divergencias étnicas y nacionales», razón por la cual se denominó «Organización de la Unidad Africana» y no «Organización de los Estados Africanos». Sin embargo, varios problemas jurídicos –la toma de recomendaciones por consenso o con el quórum de los 2/3 de los estados miembros, como sucedió en el problema de la admisión de la RASD en 1982 que bloqueó completamente la organización, el reparto regional de los puestos en los diferentes órganos de la institución, la rivalidad entre los defensores del regionalismo y los del subregionalismo–, políticos –las divergencias ideológicas de la época de la guerra fría, los frecuentes golpes de Estado con los consiguientes cambios de alianzas, los estrechos vínculos con las antiguas metrópolis–, reduciendo a la organización a un lugar de encuentro y de concertación ideal, para debatir y acercar las concepciones divergentes.

La verdad es que la OUA, producto de los estados africanos y de su falta de voluntad real de dotarla de los medios necesarios para realizar la unidad africana, «es a la vez incapaz de actuar por no beneficiar del apoyo financiero suficiente de los estados y éstos no pueden aumentar sus contribuciones financieras por no ayudarles suficientemente la OUA para resolver sus problemas de subdesarrollo» (Gonidec, 1993: 25). Muchos estados no pagaron sus contribuciones a la OUA, privándola de medios financieros para realizar su política, con la consiguiente toma en consideración por la organización de la voluntad de los acreedores de fondos externos a los que la organización panafricana se vio obligada de acudir. Esta falta de contribución de los estados miembros a los presupuestos comunitarios, en parte por dar prioridad al pago del servicio de la deuda relegando a un segundo plano sus obligaciones financieras regionales, constituye una de las causas del fracaso de la integración regional en África.

La integración en el marco de la extinta OUA estaba debilitada por la debilidad orgánica y funcional de la organización panafricana, una simple organización de cooperación intergubernamental caracterizada por la falta de supranacionalidad. La OUA tuvo en su propio seno los frenos a la integración al fundamentarse en los principios ultraconservadores de igualdad soberana, de respeto de la independencia y de la integridad territorial de cada Estado –el principio del *uti possidetis juris*–, de no ingerencia en los asuntos internos y de no subversión –preámbulo y art. 2 y 3–. Lo que condujo a Edem Kodjo (1985: 268) a afirmar acertadamente que «la OUA es un organismo con vocación bien determinada: mantener los nuevos estados en su morfología original. Realiza esta paradoja monumental de ser una organización de la unidad que mantiene el desmembramiento del espacio político africano». Es decir, el objetivo del mantenimiento y protección de la soberanía estatal en contra de la integración regional, pues dichos principios, reproducidos por todas las agrupaciones regionales africanas, están en contra de la libre circulación de personas y de bienes, limitándolas a una mera cooperación interestatal por mantener las barreras institucionales y económicas.

La OUA, cuya Carta empieza con «nosotros jefes de Estado y Gobierno africanos», no fue una organización de los pueblos, sino de los gobiernos, una organización de descolonización, creada para «la lucha contra el colonialismo y el neocolonialismo» que se quedó anacrónica en relación con la evolución de los problemas políticos y económicos del continente. Tuvo el mérito de sobrevivir en condiciones adversas de la guerra fría durante la que los estados africanos mantuvieron relaciones verticales privilegiadas con las antiguas metrópolis y las alianzas ideológicas con las superpotencias, opuestas ambas a la integración horizontal de los países africanos que les pudieran hacer perder sus zonas de influencia, además de enfrentarse la OUA a los micronacionalismos de los estados africanos de reciente creación.

Enfrentados a los problemas de construcción nacional y desarrollo económico, los países africanos se refugiaron en el nacionalismo estatal en detrimento del panafricanismo y de la unidad africana (Mfoulou, 1986: 66).

La rama económica de la OUA es el Plan de Acción de Lagos para el desarrollo económico de África (PAL), adoptado por la conferencia de Jefes de Estado y Gobierno de la OUA –con la colaboración determinante de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para África (ECA) liderada por el profesor Adebayo Adedeji y de intelectuales y expertos africanos del PNUD–, en abril de 1980 en Lagos, que fue tachado en su época de ser «sin lugar a dudas, un bello e inestimable documento».

El PAL parte de la contradicción existente entre la riqueza del continente en recursos naturales –importante capital humano, el 97% de recursos mundiales de cromo, el 85 de platino, el 65% de oro, el 50% de manganeso, el 25% de uranio y el 13% de cobre, sin excluir la bauxita, y el níquel; el 20% del potencial hidroeléctrico; el 20% del petróleo comercializado en el mundo; el 70% de la producción mundial de cacao; el 33% de café; y el 50% de aceite de palma (Cf. Kwam Kouassi, 1987: 219; Zang, 1990: 224-225)– que contrasta con el deterioro de la situación económica y social de África. Por lo tanto, consideró que el subdesarrollo de África no era un fatalismo y que África no estaba condenada a la pobreza, y se inspiró en la filosofía del nuevo orden económico internacional (NOEI) y los planteamientos tercermundistas, adoptando la estrategia de la autosuficiencia nacional y colectiva. Es decir, la integración regional como vía para salir de la crisis y como modelo futuro para el desarrollo económico de África. Es decir, la definición de un modelo de desarrollo autodependiente, autocentrado, endógeno y autoentretenido en contra del modelo dependiente recomendado por el Banco Mundial.

Para poner fin a la dependencia total de África, el PAL propone un modelo de integración regional basado en la «autosuficiencia colectiva», partiendo de los estados pasando por la subregión hasta la región –cooperación económica a los niveles subregional, regional y continental– con la coordinación y armonización de los planes elaborados a estos distintos niveles para evitar las contradicciones y las duplicaciones y con miras a la creación de la Comunidad Económica Africana en 2000, después aplazada para 2025, como encarnación de la integración económica, cultural y social del continente basada en el fomento del comercio interafricano y la cooperación Sur-Sur, para diversificar los socios comerciales. En pocas palabras, el PAL se fundamenta en la idea sencilla según la cual el desarrollo de África no puede basarse en el sistema económico mundial o en la ayuda al desarrollo, tal y como existen en la actualidad, atacando la dependencia casi total de África.

El plan africano, interesante en sí por fundamentarse en una serie de rupturas, en particular con el mimetismo –desarrollo como sinónimo de la expansión de merca-

dos y de la transferencia de capitales y de tecnologías de los países ricos hacia los países pobres—, y a favor de un modelo al servicio de la satisfacción de las necesidades básicas de los pueblos y basado en la equidad, se enfrentó a un sinnúmero de problemas: la falta de voluntad y de capacidad de acción de los estados africanos, las coacciones externas, la ausencia en muchos casos de verdaderos proyectos nacionales de desarrollo independiente, su carácter ecléctico y confuso al intentar conciliar las tendencias diversas e incluso opuestas de los países africanos divididos en la época entre los partidarios del socialismo —progresistas prosoviéticos— y del liberalismo —conservadores prooccidentales—, las desigualdades de desarrollo entre los estados africanos, y, sobre todo, la contraofensiva del Banco Mundial con el Plan Berg (1981, 1983, 1984).

Dirigido claramente contra el PAL, el Plan Berg ejerció una tremenda presión a los países africanos obligados a abrirse a las fuerzas del mercado y a adoptar el modelo de desarrollo económico basado en el sector privado y la exportación de materias primas mineras y agrícolas controladas por las multinacionales, como motores del desarrollo. Es decir, a someterse al ajuste privatizador utilizando al respecto la excesiva carga de la deuda de los países africanos, deuda convertida en el instrumento de su dominación política y económica —recolonización de hecho o puesta bajo tutela internacional de los países africanos—. Es decir, un enfoque de desarrollo basado en el liberalismo, el fomento de la agricultura de exportación y el sector privado, que condujo a los países africanos a abandonar su propia concepción del desarrollo para adherirse al modelo de desarrollo extrovertido o a los programas de ajuste estructural al firmar ya en 1985 muchos países africanos acuerdos de confirmación con el FMI, programas cuyo balance hoy es el paso del estancamiento al retroceso de estos países por sus soluciones asesinas peores que la propia enfermedad (véanse, en particular, Adedeji, 1993 y Onimode, 1992).

El caso de Malí, que las organizaciones internacionales suelen presentar como un «modelo» por aplicar desde comienzos de los 80 las políticas macroeconómicas liberales, es al respecto ilustrativo. El análisis de Many Camara (2007: 299ss) pone de manifiesto como este país ha perdido cualquier posibilidad de arranque económico a pesar de la tasa de crecimiento de entre 5% y 6% entre 1994 y 2002, pues la pobreza y las desigualdades han aumentado —sobre todo en las masas rurales y las clases medias urbanas refugiadas en la economía popular como estrategia de supervivencia— por el saqueo del patrimonio económico del Estado, la competencia internacional desigual que impide el ahorro interno, la excesiva carga de la deuda que bloquea las inversiones significativas, junto a la corrupción y a las malversaciones internas.

El PAL y el Plan Berg presentaron a los africanos dos modelos de desarrollo: el desarrollo autónomo y autocentrado, el primero; y el desarrollo extrovertido y dependiente, el segundo.

En definitiva, la OUA se basó en la cooperación entre estados independientes y soberanos, sometidos a la voluntad de los estados miembros, y fue bloqueada por la regla de la mayoría de los dos tercios en la adopción de las recomendaciones. Es decir, se enfrentó a los obstáculos políticos, económicos e institucionales (Djiena Wembou, 1995: 224-228). Los primeros consisten en los conflictos entre los estados africanos; las guerras civiles y las crisis políticas internas; la ausencia de estados de derecho, que privó a la organización panafricana de competencias humanas, adecuadas; la falta de voluntad política de los estados africanos, que prefieren acudir a las cumbres franco-africanas que a sus propias cumbres además de suministrar informaciones al Banco Mundial y al FMI, a los que están totalmente entregados, que a su propia organización. Los segundos se definen en torno a la proliferación de agrupaciones subregionales, sin ninguna relación con el objetivo de creación de la CEA, su objetivo sublime; y la falta de medios materiales y financieros para hacer frente a los proyectos regionales de los que los estados no quieren encargarse. Y los últimos pueden resumirse en el incompetente y pletórico personal puesto a su disposición por los estados miembros y que reprodujeron en su seno todos los vicios de las administraciones internas de los países africanos, en particular las prácticas neopatrimoniales. Es decir, unos funcionarios más al servicio de sus estados de origen que de la organización panafricana. Es lo que denuncia el profesor Gonidec (1987: 131-132) en estos términos: «La dependencia es total para todos los miembros de los órganos de las organizaciones internacionales africanas que proceden directamente de los gobiernos de los estados miembros o nombrados por ellos. Su modo de nombramiento y su posición en relación al Estado de origen explican que expresan en lo esencial la voluntad de dicho Estado y defienden la política definida por su Gobierno, y precisamente del jefe de Estado». No se puede conseguir el panafricanismo sin panafricanistas. Muchos de estos obstáculos siguen vigentes en la actual Unión Africana.

Su plan de desarrollo, el PAL, que adoptó la integración regional como un instrumento de desarrollo o el panafricanismo económico, fue bloqueado por la ausencia de una autoridad comunitaria además de insistir demasiado en los aspectos económicos, descuidando los aspectos políticos –democracia y derechos humanos–. Dio prioridad al interestatalismo con la consiguiente exclusión de la economía popular, que constituye la principal actividad de la mayoría de la población africana, y sobre todo no se dotó de medios financieros y políticos en su declaración de guerra contra el imperialismo. Es también verdad que la OUA se enfrentó a graves problemas políticos –las guerras de Angola, Chad y Sáhara Occidental, bloqueando el problema saharauí la elección del secretario general de la OUA entre 1982 y 1984; las rivalidades entre «conservadores» y «progresistas»; y la sequía que afectó a amplias regiones del continente–, junto a la ofensiva de los PAE en toda la década de los 80. Por todas estas razones, los gobiernos africanos no otorgaron dedicación suficiente a la implantación del PAL, cuyo mérito fue la toma de consciencia de la ne-

cesidad para los africanos de reflexionar seriamente sobre los problemas económicos. Es una etapa decisiva en la historia de la OUA que privilegió los problemas económicos tras haber participado en la liberación política casi total del continente» (Zang, 1990: 230).

Por su parte, el profesor Adebayo Adedeji (Cf. Asante, 1991: 207) atribuye el fracaso de las estrategias de desarrollo africanas a la falta de participación popular, la mala gestión económica, la fuga de capitales, el mal uso de los recursos, las políticas en contra del mundo rural, la débil movilización de los recursos locales y las excesivas intervenciones del Banco Mundial y del FMI, intervenciones hechas posibles por la exclusión de la participación popular en el proceso de toma de decisiones y del ejercicio del poder por las clases gobernantes, junto a las distintas herencias coloniales (Kwam Kouassi, 1987: 306), que han dejado distintas prácticas comerciales entre los países francófonos, más dependientes de la antigua metrópoli, y los anglófonos con relaciones comerciales más equilibradas con el resto del mundo.

■ El NEPAD y la Unión Africana ante la integración regional

África ha dado un paso importante en la integración política y económica con la puesta en marcha del NEPAD y la conversión de la OUA en UA. Con estas nuevas organizaciones, África ha manifestado claramente la voluntad de encargarse de su propio destino mediante la integración de sus economías tanto a nivel regional como continental, reuniendo por primera vez al África del norte y al África subsahariana. A continuación, se analizan las fuerzas y límites de estos proyectos ambicioso, que pretenden poner fin a la balcanización de África y su extraversion económica.

■ El NEPAD: fuerzas y debilidades

El NEPAD fue adoptado en julio de 2001 por la 37ª cumbre de la OUA como documento estratégico de lucha contra la pobreza y de apoyo al desarrollo de África. Se fundamenta en la filosofía del partenariado, y defiende la idea de la responsabilidad compartida y de los intereses mutuos entre la comunidad internacional y África, para conseguir el desarrollo del continente a partir de la integración regional y de la incorporación de África en la economía mundial. De ahí el acento sobre la apropiación del desarrollo por los africanos mediante la definición de los proyectos comunes en las 5 regiones –centro, este, oeste, norte y sur–, constituyendo la sexta región las diásporas africanas integradas por los inmigrantes africanos y los afrodescendientes, y la financiación de dichos proyectos por los fondos procedentes en lo esencial del sector privado. Dicho con otras palabras, el NEPAD se inserta en la ló-

gica de la globalización neoliberal de la que África quiere sacar importantes beneficios, rompiendo con el mito del «desarrollo endógeno y autocentrado» defendido por el PAL. Se trata, pues, del programa económico de la UA basado en «un catálogo de proyectos realistas inspirados en el liberalismo económico», cuyo mérito es poner énfasis en el fortalecimiento de las existentes agrupaciones regionales y el «mecanismo del control de los pares», que constituye su piedra angular. Persigue tres principales objetivos (Mvelle, 2007: 286-287): el fomento del crecimiento y del desarrollo duradero, la erradicación de la pobreza general y el poner fin a la marginación de África en el proceso de globalización.

Define las siguientes 10 áreas prioritarias: el buen gobierno político, la buena gestión económica, la construcción de infraestructuras regionales –carreteras, ferrocarriles, puertos y aeropuertos–, la adopción de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, el desarrollo de la energía, el fomento de la educación, la apuesta por la salud, el apoyo a la agricultura, la protección del medio ambiente y la toma de iniciativas para tener acceso al mercado mundial. Es decir, un acertado catálogo de los problemas a los que está enfrentada África.

Sin embargo, se le puede criticar, o al menos formular algunas dudas, en los aspectos siguientes (Cf. Hugon, 2007: 204):

- Le falta credibilidad y legitimidad ante los diferentes estados africanos y los integrantes de la sociedad civil;
- El objetivo de conseguir el 0,7% de crecimiento aparece excesivamente ambicioso, máxime cuando los países africanos sólo han alcanzado la tasa de crecimiento entre el 3 al 4% en los últimos años;
- El NEPAD insiste en el fomento de las exportaciones, modelo que siempre han seguido los países africanos con sus economías rentistas, en lugar de exigir la diversificación de dichas economías para fomentar el crecimiento duradero;
- El monto estimado por el NEPAD para su financiación se estima en unos 60.000 millones de dólares, o el doble de la ayuda pública al desarrollo y los IDE que recibe en la actualidad África;
- El NEPAD pasa por alto en su enfoque continental la falta de intereses comunes, en muchos aspectos, entre los países del África del Norte y los subsaharianos, entre los grandes y los pequeños estados en el continente;
- El NEPAD se fundamenta, en su proceso de integración, en las organizaciones oficiales poco operativas, excluyendo a las organizaciones informales mucho más efectivas y dinámicas.

Nos encontramos una vez más ante un plan de desarrollo que no ha sacado las lecciones en cuanto al fracaso de los planes anteriores en África, pues se sigue fundamentando en el intergubernamentalismo y en el interestatalismo, perdiendo de

vista que el Estado sigue siendo neopatrimonial a pesar del actual proceso de democratización. (cf. Mvelle, 2007: 302ss).

A favor del NEPAD, al que pide plena participación a la población africana y participación africana, Paul Ouedraogo (2007: 76) puntualiza que «por primera vez los africanos, superando el complejo permanente de la situación alarmante del continente, han tomado sobre sí la iniciativa de elaborar un programa de desarrollo para los africanos y por los africanos». Esta afirmación no resiste a la crítica por perder de vista las consideraciones siguientes:

Primero, antes del NEPAD, los gobiernos africanos elaboraron unos dieciocho planes de desarrollo con un balance poco alentador (Cf. Kabunda, 2005: 17; Mvelle, 2007: 307), además de basarse en un enfoque de integración y de desarrollo desde arriba o estatalocentrista (elitista). En particular, destaca el coloquio de Monrovia, del 13 al 25 de febrero de 1979, en el que participaron intelectuales y expertos africanos, coloquio considerado como un acto de «toma de consciencia de los problemas económicos africanos por los africanos» y que inspirará el Plan de Acción de Lagos (1980).

Segundo, y en la línea de Mamadou Dia (2004: 116; 2002: 164), el NEPAD no tiene nada que ver con un plan de desarrollo, tanto en su filosofía como en su metodología y estrategia, por no definir una política económica, financiera y monetaria común o los criterios de convergencia comunes, entregando el continente a la explotación del capital financiero internacional. Se limita a reproducir el modelo de desarrollo extrovertido experimentado en el pasado en el continente –financiaciones procedentes en lo esencial de la ayuda al desarrollo y de las inversiones privadas extranjeras o la consagración de la «mendicidad»–, modelo que se ha revelado incapaz de sacar África del subdesarrollo. Se trata del «ajuste estructural africano», que no quiere reconocer que 162 programas de ajuste, contra 126 en el resto del mundo, han sido experimentados en África con resultados desastrosos (Cf. Founou-Tchuigoua, 1995: 162; véase también Kaba, 2006: 45). Con el NEPAD, un plan de inspiración surafricana tanto en sus ambiciones como en sus estrategias de conseguir los flujos financieros externos, África asume el «Consenso de Washington» en un momento en el que los demás continentes lo rechazan (Coussy, 2006: 140). Por su reiteración de los programas de ajuste estructural y de la lógica de los mercados de las instituciones de Bretton Woods, el NEPAD suscita serias preocupaciones en cuanto a su verdadera capacidad de fomentar el crecimiento y su real voluntad de luchar contra la pobreza.

Tercero, el NEPAD, por sus fuentes de inspiración que no tienen nada de africano, se fundamenta ampliamente en los documentos internacionales elaborados entre 1993 y 2000, tales como el Plan de Acción de Tokio o el Tokyo Internacional

Conference on African Development (TICAD), los acuerdos de Cotonú, el *African Growth and Opportunity Act* estadounidense (AGOA) y los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), entre otros, según recalca el profesor Makthar Diouf (2005: 104-105). En el mismo sentido, Aminata Traoré (2005: 135), considera el NEPAD como una falacia que sirve al sistema neoliberal que empobrece a África, pues según la autora altermundialista si hubiera sido realmente un plan africano y que confiaran en él los acreedores de fondos del Norte, por qué en lugar de financiarlo multiplican iniciativas tales como el Plan de Acción de África del G8, «el impuesto sobre los vuelos internacionales» de Jacques Chirac, la Comisión para África o el plan Tony Blair, o el plan Verhofstadt para sacar África del subdesarrollo.

La crítica más rotunda contra el NEPAD es la formulada por Bernard Founou-Tchuigouoa (2005: 107), para quien el plan no sólo se fundamenta en el modelo de crecimiento o desarrollo agro-minero, sino que además adopta una actitud muy confusa sobre los problemas de la integración regional y del panafricanismo, combinando la integración por los mercados con la regionalización de los proyectos, sin prever la creación de las multinacionales africanas para la construcción de sus faraónicas infraestructuras regionales o continentales, lo que significa en realidad el entreguismo al G8 y a las multinacionales del Norte, y el consiguiente nuevo endeudamiento de los países africanos. Según dicho autor, es totalmente silencioso sobre la cooperación Sur-Sur, y pierde la oportunidad ofrecida por la solidaridad afro-asiática.

En definitiva, el PAL y el NEPAD se enfrentaron a distintos problemas y reacciones que pueden resumirse en estos términos (Foirry, 2006: 210-211): el PAL no tuvo en cuenta las capacidades nacionales de los países africanos para realizar las reformas propuestas quedándose en el capítulo de las buenas intenciones; perdió de vista la falta de intereses comunes y de unión entre los países africanos para realizar sus metas panafricanistas, y tuvo que enfrentarse a la hostilidad de las instituciones de Bretton Woods que terminaron imponiendo los PAE a estos países en contra del plan africano. Tuvo el mérito de insistir en la formación del capital humano, el desarrollo autocentrado, junto a los cambios estructurales regionales e internacionales. En cuanto al NEPAD, tiene la ventaja de adoptar el discurso de la globalización interiorizado por los dirigentes africanos eludiendo de este modo la polémica o la confrontación con aquellas instituciones, de ahí su «legitimidad»; se inserta en la línea de los ODM consiguiendo el respaldo internacional, y pone énfasis en los factores no exclusivamente económicos para conseguir el crecimiento y el desarrollo.

■ La Unión Africana y la integración regional

La UA se ha dotado de importantes instituciones de integración como el Parlamento panafricano, el Consejo para la paz y seguridad, la Corte africana de dere-

chos humanos y de los pueblos, la adopción del protocolo del Tribunal de Justicia, comprometiendo un poco más a los pueblos en sus actividades que su antecesora, la OUA. Sus principales innovaciones son las siguientes (cf. M'Bokolo, 2004:552): la definición de una política común de defensa; el derecho de ingerencia en los estados miembros en el caso de producirse crímenes de guerra, de lesa humanidad o de genocidio; el de derecho de intervenir en un Estado miembro para reinstaurar y mantener la paz y la seguridad a su petición; la participación de la sociedad civil en las actividades de la Unión, en particular de las mujeres y del sector privado, la igualdad entre hombres y mujeres.

Sin embargo, pese a inspirarse en la Unión Europea, estamos ante una organización ambigua, que no es ni una federación ni una confederación de estados –consideradas como objetivos a largo plazo–, que ha heredado de su predecesora (la OUA), la falta de medios financieros y de consenso sobre los problemas del continente y algunos principios conservadores. Por lo tanto, su fuerza de intervención en el Darfur (AMIS), ha sido totalmente inoperante por no disponer de aquellos medios y de logística, además de tener una actitud expectativa ante la desintegración o descomposición de Somalia. Es preciso subrayar también la división en su seno en cuanto a la elección del presidente de su Consejo ejecutivo. Su gran debilidad estriba en la admisión de todos los estados africanos sin ninguna condición de sus métodos o capacidades de gestión económica o de cumplimiento de reglas de Estado (Cf. M'Bokolo, 2004: 552). Esperamos que camine hacia una organización supranacional o la creación de los Estados Unidos de África, en la línea del Osagyefo Kwame Nkrumah y del coronel Qaddafi. Es verdad que los gobiernos africanos están en el centro de una tremenda contradicción, en la opinión de Moukoko Mbonjo (1993: 6): por una parte, la voluntad de crear Estados-nación, y, por otra, el deseo de realizar la unidad o la integración regional que cuestionan aquellos.

■ Alternativas de integración regional

Como todo es prioritario, y no se sabe lo que se debe integrar con prioridad en África (¿los pueblos, los estados, los territorios, las infraestructuras?), según la constatación del profesor Makhtar Diouf, se impone la adopción de un enfoque multidimensional de integración:

– La combinación del enfoque liberal –para la mejor colocación de recursos– y del enfoque de la planificación, para evitar las duplicaciones.

– El enfoque de la integración de las infraestructuras físicas –para vincular a los pueblos y a los estados balcanizados– y de los aspectos de uso inmediato para los pueblos –material de construcción, herramientas agrícolas y de productos químicos–

cos-. La rehabilitación de las organizaciones regionales especializadas o *ad hoc*, que menos mal funcionan, es una pista interesante para conseguir este objetivo.

– La adopción del modelo de los polos de integración, a partir de los grandes estados con una importante proyección política, económica y cultural en sus regiones respectivas: Sudáfrica, Nigeria, RDC, Kenia, Etiopía, en torno a las agrupaciones regionales actuales.

– El enfoque de cooperación sectorial de la SADC, que tiene la ventaja de no atacar las soberanías nacionales y de servir a los intereses inmediatos de los estados miembros, por beneficiarse todos de las inversiones en las infraestructuras –carreteras, puertos y ferrocarriles–, independientemente de su peso y nivel de desarrollo económico. En la opinión de Robson (1987: 30-31), esta estrategia de integración es fundamental en África, donde las pocas infraestructuras existentes están orientadas hacia la exportación de materias primas a Europa, en detrimento el comercio intrarregional.

– La institucionalización de las organizaciones no oficiales que, a través de las redes comerciales –resurrección del comercio precolonial sin fronteras– y de los flujos migratorios transfronterizos –enfoque meso-económico–, han aplicado a su manera los principios de libre circulación de personas, bienes y capitales, ilustrados por las zonas de solidaridad como la entre Sikasso-Korhogo-Bobo Dioulasso, a caballo entre tres países en la franja sahelosudanesa y donde se ha recreado una verdadera unidad cultural y un mercado común desde los pueblos y sus economías populares o solidarias. Se trata de una pista muy interesante para conseguir fondos para la financiación de proyectos regionales en lugar de seguir siendo los externos mendigos de la globalización. Ello es posible sólo mediante la reinstauración de la confianza entre los estados y los pueblos, pues según manifiesta la revista *Foreign Policy*, en su edición española de diciembre-enero de 2008, «quizá la zona del mundo que más paga las consecuencias de los fracasos económicos de la globalización es el África subsahariana. A pesar de los intentos de aumentar el comercio regional... La existencia de una vasta economía informal, que da empleo a más de la mitad de la población activa, hace que sea casi imposible para los gobiernos obtener los ingresos que necesitan», por desconfiar los pueblos de éstos.

Por lo tanto, es imprescindible la reinstauración de la confianza entre ambos para tener acceso a los ahorros de este sector y rentabilizarlos. Partiendo del dinamismo de la economía popular y de su complementariedad con la economía oficial, Schuders (1990: 166-167) exige que se tome en cuenta aquella en las economías del África Central, y del continente en general, no sólo para incorporar las especificidades socioculturales y las necesidades de los pueblos en el proceso de integración y reestructuración de la CEEAC y de las agrupaciones regionales africanas. Según el

autor mencionado, no se puede seguir ignorando este sector, que no es del todo informal por las riquezas que produce –a pesar de no incorporarse en la contabilidad oficial y de no ser verdaderamente moderno– y que nace de la insuficiencia e incapacidad del sector formal. Se inspira en la ayuda mutua familiar y social casi natural de las amplias familias africanas y se fundamenta en la autoproducción y el autoconsumo domésticos. Se puede apoyar en su experiencia y prácticas de libre circulación de personas, capitales y mercancías tanto a nivel nacional como a nivel regional. De hecho, según Bourenane (1996: 3 y 19), existe un proceso de unificación de espacios nacionales contiguos, resultado de la voluntad de los agentes económicos o de los empresarios populares locales, para asegurar su propia supervivencia o su enriquecimiento y, por lo tanto, mantienen la tendencia a la integración, con o sin el consentimiento de los dirigentes o de los estados, mediante la circulación de las mercancías y de sus valores culturales entre los países.

– La integración regional ha de incorporarse, siguiendo al entonces presidente de la Comisión de la UA, Alpha Oumar Konaré (2005: 30), en el marco de la cooperación Sur-Sur fortaleciendo la colaboración con países como China, India, Brasil, México, los países emergentes de Asia y la diáspora africana de Estados Unidos. En el caso particular de la cooperación china, Gill y Huang (2008: 52) subrayan como dicha cooperación se presenta cada vez más como una alternativa al modelo occidental al cosechar éste escasos resultados en África, mientras que China apuesta claramente por la construcción y rehabilitación de infraestructuras y el desarrollo del capital humano en el continente conforme a las necesidades y aspiraciones africanas, con algunos aspectos negativos, como el caso omiso de principios democráticos y de derechos humanos y la asfixia de la pequeña industria naciente africana.

– El papel motor de un socio externo (cooperación Norte-Sur), en este caso la Unión Europea, por sus relaciones históricas, económicas, comerciales, políticas y culturales con África. Este planteamiento defendido por Aryeetey (1998: 142-143), que se inspira en las experiencias de la UEMOA o la CEMAC, que constituyen excepcionales casos de éxito por el apoyo galo y la existencia de una moneda francoafricana –el franco CFA, moneda común de 14 países africanos de la que Francia asegura el mantenimiento de la paridad fija con el euro–, puede permitir a la UE financiar los mecanismos de compensaciones, las infraestructuras regionales y los proyectos industriales. La UE no sólo ha servido de modelo, sino también ha desempeñado un papel determinante en desarrollo y fortalecimiento de la UEMOA (Coussy, 2006: 138) Este enfoque, que Ropivia (1998: 178) tacha de «integración dependiente o exógena», además de favorecer la liberalización global recomendada por la OMC y de estar en sintonía con el planteamiento del NEPAD, se enfrenta a la estrategia de la autosuficiencia colectiva adoptada por el nuevo tratado revisado de la CEDEAO o la filosofía del PAL. Voces como la de Mamadou Dia (2004: 121) consideran que el franco CFA no puede convertirse en instrumento de desarro-

llo e integración en África por ser desde su origen el vector de dominación de los países del Sur por los del Norte.

En opinión de algunos autores, los progresos realizados por la UEMOA en la creación de un mercado común y la convergencia de las políticas macroeconómicas, basándose en una moneda común, podrían servir de empuje y convertirse en motores para la integración económica en el África Occidental en el marco amplio de la CEDEAO, con la que comparte casi los mismos objetivos. Este papel no puede ser asumido por la CEMAC en el marco de la CEEAC, por la escasez de redes de comunicación y transportes en el África Central, dominada por la selva ecuatorial, escasamente poblada, la hostilidad de los estados de esta región a la libre circulación de personas, bienes y capitales, junto a la persistencia de los conflictos intra e interestatales y la multitud de las monedas nacionales, convirtiéndose estos factores en obstáculos a la integración regional.

■ Conclusión

A raíz del análisis que precede, la integración regional en África es factible sólo mediante la superación de los egoísmos nacionales, la coordinación de los proyectos industriales a nivel regional y continental para evitar las duplicaciones, y no proyectos extrovertidos, la reducción de las desigualdades de desarrollo, la preocupación de los estados por lo nacional y no por los objetivos regionales a largo plazo y no de intereses nacionales a corto plazo, la orientación interna de las infraestructuras de transportes y económicas para fomentar el comercio interafricano y la resolución de los conflictos y las guerras civiles. De acuerdo con el profesor Makhtar Diouf (1985), un primer paso hacia la integración regional es poner fin a la «inflación institucional» actual, manteniendo una única comunidad económica por región, creando en su seno agencias especializadas centradas en las necesidades objetivas, precisas e identificadas de los pueblos, pues, como manifestó Kwame Nkrumah (1971: 218), defensor de la unidad total de África, estas organizaciones subregionales no sólo no han contribuido a la mejora del nivel de vida de los pueblos, sino todo lo contrario, han sido creadas y mantenidas para servir a los intereses de las burguesías locales y de los monopolios financieros internacionales, y constituyen la otra cara de la balcanización de África. Es una pena que donde los colonizadores supieron crear los grandes espacios coloniales (AOF, AEF, Federación de Rhodesias y Nyasaland, Federación del África Oriental, Congo-Ruanda-Urundi, etc), los africanos se han revelado incapaces de crear los grandes espacios de desarrollo.

La creación de las bases para un verdadero desarrollo e integración regional en África pasa por la definición e identificación de los problemas y necesidades de

África, con la participación de los pueblos en este ejercicio, por conocer mejor que nadie aquellos problemas y necesidades, aspectos descuidados tanto por la OUA como por la UA, y sus avatares el PAL y el NEPAD, empezando por una cosa tan sencilla como la libre circulación de personas, bienes y capitales en el continente.

BIBLIOGRAFÍA

- ADEDEJI A. (ed), *Africa within the World. Beyond Dispossession and Dependence*, African Centre for Development and Strategic Studies-Zed Books, Ijebu-Ode – Londres, 1993.
- AMIN S., «Le défi des régionalisations», en *Afrique. Exclusion programmée ou renaissance* (dir: Samir Amin), Maisonneuve & Larose, París, 2005.
- ARYEETEEY E., «The Prospect and Priorities of Integration in Sub-Saharan Africa», en *Regional Integration and Multilateral Cooperation in the Global Economy* (ed: Jan Joost Teunissen), FONDAD, La Haya, 1998.
- ASANTE S.K.B., *African Development: Adebayo Adedeji's Alternative Strategies*, Hans Zell Publishers, Londres-Nueya York, 1991.
- ATTISO F. S., *De l'unité africaine de Nkrumah à l'Union africaine de Kadhafi*, L'Harmattan, París, 2008.
- Banque Mondiale, *African Development Indicators*, Washington DC, 2007.
- BOURENANE N., «Introduction», en *Economic Cooperation and Regional Integration in Africa. First Experiences and Prospects* (ed: Naceur Bourenane, Serah W. Mwanjyky, Iba Ikone y Ne Ngangu Massamba), African Academy of Science Publishers, Nairobi, 1996.
- CAMARA M., «Politique économique et contraintes financières au Mali (1990-2005)», en *Institutions et développement. La fabrique institutionnelle des trajectoires de développement* (dir: Elsa Lafaye de Micheaux, Éric Mulot et Pepita Ould-Ahmed), Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2007.
- Centre de développement sous-régional-Africentrale de la ECA, «Cadre stratégique pour l'intégration et la coopération regionales en Afrique centrale », en *L'intégration régionale en Afrique centrale. Bilan et perspectives* (dir : Hakin Ben Hammouda, Bruno Bekolo-Ebe y Touma Mama), Karthala, París, 2002.
- COUSSY J., « Espoirs et difficultés des relations 'inter-régions' entre l'Union européenne et l'Afrique australe », en *L'Union européenne et les pays ACP. Un espace de coopération à construire* (dir: Jean-Jacques Gabas), Karthala, París, 1999.
- COUSSY J., «Les utopies servent-elles l'intégration africaine?», en AA.VV. *Les défis de l'Afrique*, Dalloz, París, 2006.
- DIA M., *Échec de l'alternance au Sénégal et crise du monde libéral*, L'Harmattan, París, 2004.
- DIOUF A., «Afrique: l'intégration régionale face à la mondialisation», en *Politique étrangère* n° 4, IFRI-Armand Colin, París, 2006.
- DIOUF M., «Regard foid sur le NEPAD: Origine, nature et destin d un document», en *Studia Africana* n° 16 (ARDA), Barcelona, octubre de 2005.
- DIOUF M., *Intégration économique. Perspectives africaines*, Nouvelles Editions Africaines-Publisud, Dakar-París, 1984.

- DJIENA WEMBOU M-C., *L'O.U.A. à l'aube du XXI^e siècle: bilan, diagnostic et perspectives*, L.G.D.J, París, 1995.
- FOIRRY J-P., *L'Afrique: continent d'avenir?*, Ellipses, París, 2006.
- Foreign Policy* n° 24 (edición española editada por FRIDE), Madrid, diciembre-enero de 2008.
- FOUNOU-TCHUIGOUA B., «Afrique subsaharienne: pour une alternative fondée sur l'élimination des facteurs de quart-mondialisation», en *Afrique et Monde Arabe. Échec de l'insertion internationale* (Samir Amin, Hakim Ben Hammouda y Bernard Founou-Tchuigoua), L'Harmattan, París, 1995.
- FOUNOU-TCHUIGOUA B., «Le NEPAD. Utopie ou alternative», en *Afrique. Exclusion...*, *op.cit.*
- GILL B. y HUANG C-H., «Las relaciones de China con África: implicaciones para Europa», en *Vanguardia Dossier* n° 24 (África), Barcelona, enero-marzo de 2008.
- GONIDEC P-F., *L'OUA. Trente ans après*, Karthala, París, 1993.
- GONIDEC P-F., *Les organisations internationales africaines. Étude comparative*, L'Harmattan, París, 1987.
- HAZLEWOOD A., «Economic Integration in East Africa», en *African Integration and disintegration. Case Studies in Economic and Political Union* (ed: Arthur Hazlewood), Oxford University Press, Londres, 1967.
- HUGON Ph. (en colaboración con Virginie Briand y Marie-Odile Blanc), «Les trajectoires comparées d'intégration régionale», en *Les économie en développement à l'heure de la régionalisation* (dir: Philippe Hugon), Karthala, París, 2002.
- HUGON Ph., *Géopolitique de l'Afrique*, Editions sedes, París, 2007.
- HUGON Ph., *L'économie de l'Afrique* (5^e edición), La Découverte, París, 2006.
- KABA S., «Les enjeux du pluralisme», en *Les défis de l'Afrique...*, *op. cit.*
- KABUNDA M., «El desarrollo en África: del estancamiento a la crisis permanente », en *Revista Española de Desarrollo y Cooperación* n° 16, IUDC, Madrid, primavera/verano de 2005.
- KODJO E., *Et demain l'Afrique*, Stock, París, 1985.
- KWAM KOUSSI E., *Organisations Internationales Africaines*, Berger-Levrault, París, 1987.
- M'BOKOLO E. et alii, *Afrique noire: Histoire et civilisations. Du XIX^e siècle à nos jours*, Hatier-AUF, París, 2004.
- MARAI H., «L'intégration régionale en Afrique australe», en *Afrique. Exclusion programmée ou renaissance* (dir: Samir Amin), Maisonneuve & Larose, París, 2005.
- MBONJO M., «Intégration régionale et construction de l'Etat en Afrique de l'Ouest: un essai d'interprétation», en *Afrique 2000*, París, enero-febrero de 1993.
- MFOULOU J., *L'O.U.A. Triomphe de l'Unité ou des Nationalités. Essai d'une sociologie politique de l'Organisation de l'Unité Africaine*, L'Harmattan, París, 1986.
- MOUELLE KOMBI N., «L'intégration régionale en Afrique centrale. Entre interéstatisme et supranationalisme», en *L'intégration régionale en Afrique centrale. Bilan et perspectives* (dir: Hakim Ben Hammouda, Bruno Bekolo-Ebe y Touma Mama), Karthala, París, 2002.
- MOUKOKO MBONJO P., «Intégration régionale et construction de l'Etat en Afrique de l'Ouest: un essai d'interprétation», en *Afrique 2000* n° 12, París, enero-febrero de 1993.
- MVELLE G., *L'Union africaine. Fondements, organes, programmes et actions*, L'Harmattan, París, 2007.
- NGANDJEU J., *L'Afrique contre son indépendance économique. Diagnostic de la crise actuelle*, L'Harmattan, París, 1988.
- NKRUMAH K., *Revolutionary Path*, Panaf, Londres, 1971.

-
- ONIMODE B., *A Future for Africa. Beyond the Politics of Adjustment*, Eathscan Publications - Institute for African Alternatives, Londres, 1992.
- OUEDRAOGO P., *África ante el mito del desarrollo. La propuesta del NEPAD a la luz de la ética cristiana del desarrollo*, Fundación Sur, Madrid, 2007.
- OUMAR KONARE, A., «L'Afrique est de retour!», en *Agir pour le Sud, maintenant! Pour une approche des relations Nord-Sud*, L'aube, Paris, 2005.
- POURTIER R., «La rénovation de l'UDEAC: Sens et non-sens de l'intégration en Afrique centrale», en *Régionalisation et fragmentation en Afrique subsaharienne* (dir: Daniel C. Bach), Karthala, Paris, 1998.
- ROBSON P., *Intégration, développement et équité. L'intégration économique en Afrique de l'Ouest*, Economica, Paris, 1987.
- ROPIVIA M-L., «Institutions déliquescents et espace éclaté: quelle intégration régionale en Afrique centrale?», en *Régionalisation, mondialisation...*, *op. cit.*
- ROPIVIA M-L., «L'Afrique centrale embrasée: pour une géopolitique de pacification régionale», en *La prévention des conflits en Afrique centrale. Prospective pour une culture de la paix* (ed: Paul Ango Ela), Karthala, Paris, 2001.
- SCHULDERS G., *S'unir. Le défi des Etats d'Afrique Centrale*, L'Harmattan, Paris, 1990.
- TARIK RAMBUDE P., «Les stratégies rivales de la SADC et de la ZEP/COMESA», en *Régionalisation et mondialisation...*, *op. cit.*
- TRAORE A., *Lettre ouverte au Président des Français à propos de la Côte d'Ivoire et de l'Afrique en général*, Fayard, Paris, 2005.
- ZANG L., «L'action économique de l'OUA depuis 1963» en *L'O.U.A.: Rétrospective et perspectives africaines* (Maurice Kamto, Jean-Emmanuel Pondi y Laurent Zang), Economica, Paris, 1990.